



4ª Semana de Adviento en las Escuelas Católicas

Esta 4ª semana la dedicaremos al tema de la **aceptación del otro**

Estamos a punto de terminar el Adviento. Quedan pocos días de clases. Ya no hay tiempo y clima para celebrar la 4ª semana; pero no por eso debemos dejar de hacer alguna celebración breve que no nos haga perder el **sentido cristiano** de estas Fiestas Navideñas.

Hay que ser prácticos y tener una celebración no muy larga, si es que se tiene. Mejor hacerlo en clase. Están más pendientes de la “velada de Navidad” que de otras cosas.

Las Lecturas de esta 4ª semana son:

- Profeta Miqueas 5, 2-5ª
- Carta a los Hebreos 10, 5-10
- Evangelio de Lucas 1, 39-45

La celebración, para unos 15 minutos, puede consistir en:

- Lectura del Evangelio
- Lectura del Cuento de Navidad “Christofer”
- Bendición de la Vela de la Paz

1. Antes de la lectura del Evangelio, se les debe motivar sobre la Navidad como “tiempo especial de acogida y aceptación del otro”. No tiene sentido vivir la Navidad si rechazamos a alguien. Jesús fue “rechazado” cuando tenía que haber nacido de manera normal en una posada. Pero tuvo que ir a un establo. Que nadie tenga que nacer y vivir en un “establo”, es decir al margen de los demás. Por eso Jesús insistió en su mensaje sobre la necesidad e importancia de **“aceptar a los demás”**.

2. Una vez leído el Evangelio, se les reparte el cuento de **“Christofer”** como un regalo navideño. Se lee despacio, pero nos e comenta. Cada uno hacer su reflexión tras unos instantes de silencio.

3. Vela de la Paz. Se les explica lo siguiente:

- Desde hace muchos años, en algunos países de Europa central, donde el frío es más intenso y la nieve más frecuente, el día de la Cena de Navidad, las familias, antes de cenar, rezan una oración, encienden una vela y la colocan frente a la vcentana para iluminar a los de afuera.
- Con ello se quiere simbolizar que en esa casa vive gente que busca la Paz, que quiere la Paz. Esa luz es un símbolo de que esa PAZ debe iluminar a todos, sobre todo a los que “andan en tinieblas”, a los que son violentos o están perdidos en la noche.
- Se invita a los alumnos/as a que traigan una vela barata para bendecirla en el colegio, en la “Celebración de la PAZ y que el día de Navidad la enciendan, recen esta oración y la coloquen junto a la ventana que da a la calle. La Vela de la Paz puede encenderse, debe encenderse también el día de Nochevieja para que el Nuevo Año 2007 esté iluminado por la PAZ.
- En esta celebración, los alumnos/as que han traído la vela, aunque también puede comprarla el colegio como un regalo de Navidad para las familias junto con el cuento, encienden la Vela de la Paz y rezan esta oración todos juntos. Se sacan fotocopias tanto del cuento como de la oración de la Paz.
- Terminada la bendición/oración por la Paz, se apaga la vela. Se les felicitan las Navidades unos a otros y se continúa el trabajo escolar.

CHRÍSTOFER



El 22 de diciembre a las 10 de la mañana la campana del colegio de Tiefenbronn arrancó a todos los alumnos de sus asientos. ¡Vacaciones! ¡Vacaciones de Navidad!. Apenas quedó tiempo al profesor para desearles ¡Feliz Navidad! . Todos partieron corriendo. Los últimos en salir fueron los mellizos. El profesor les apuró. “Poneos en camino a casa. Teneís que caminar muy lejos. El tiempo va a ser muy malo.”. “No se preocupe. Nuestro hermano mayor nos acompañará”. Durante la semana los hermanos vivían con una tía en la pequeña ciudad de Tiefenbronn. Los sábados, los días de fiesta y las vacaciones los pasaban en casa, en un pueblo a dos horas de camino.

El hermano mayor les estaba esperando. Al pasar, el profesor de gimnasia les dijo: “Feliz Navidad y mucho cuidado, Chrístofer, con los pequeños. Va a nevar”. Al verlos salir del colegio pensaba: “Gran muchacho, este Chrístofer”.

Chrístofer tenía alrededor de 16 años. Alto, de hombros anchos. Sus ojos claros miraban alegremente al mundo. Se le veía en la cara que era un chico bueno. Su padre solía decir: “Chrístofer regala hasta el último centavo a los demás”.

Los pequeños se le acercaron sin parar de hablar. Chrístofer estaba callado, le preocupaba el mal tiempo anunciado. El aspecto del cielo y las nubes justificaban su preocupación.

Caminaron durante media hora dejando atrás las últimas casas de Tiefenbronn. De repente, Pedro, uno de los mellizos, gritó: “¡Primero! ¡Primero!” ¿Qué quieres decir? “A mí me ha caído primero nieve en la cara”. Entonces el otro dijo: “A mí también me ha mordido”. Chrístofer se enfadó: “No hagáis tonterías, no es hora para jugar. Tenemos que darnos prisa para llegar a casa”.

Mientras tanto había caído la oscuridad. El viento del norte era terriblemente frío, calaba hasta los huesos. Empujó a la nieve en ráfagas cada vez más densas contra los muchachos. Los chicos tenían que esforzarse para avanzar contra el viento y la nieve. Chrístofer estaba muy serio y callado. Sólo pensaba una cosa: “¡Ojalá que los pequeños lleguen a casa sanos y salvos!” Los mellizos ya no pensaban en hacer bromas con la nieve. Sin palabras le seguían. La nieve les había medio congelado. Pedro dijo: “Estoy cansado. Me echaré un poco para descansar sobre la nieve blanda”. Chrístofer le respondió: “¡Ni lo pienses! Tú sabes muy bien que uno se congela cuando se queda dormido en la nieve”. Después de un tiempo el otro mellizo, Pablo, suspiró: “¡Ya no puedo más!” “Ven, yo voy a cargar con tu mochila”.



Christofer intentaba penetrar con su mirada la oscuridad y la tempestad de nieve. Todo parecía extraño. “¿Hemos equivocado el camino?”, se dijo. Vislumbró un cerro rocoso. Christofer conocía todos los caminos, todos los campos alrededor de su casa. Pero esta roca le parecía desconocida. “Señor, Dios mío, ayúdame para que pueda llevar a los pequeños a casa”.

Al llegar a la roca, vieron una especie de refugio. No era una cueva pero servía para descansar. No había nieve allí. Unas pocas hojas secas invitaban a echarse sobre ellas. “Esta es nuestra sala de estar”, dijo Pablo y se metió en el refugio. Con las mochilas, Christofer armó un pequeño muro. Después junto las hojas secas y preparó una especie de cama para los pequeños. Cuando los mellizos estaban acostados se quitó la chaqueta forrada de piel y los cubrió. Después se acostó delante de los pequeños para protegerles con su cuerpo. Después de un rato en silencio, tiritando, los tres se durmieron profundamente, agotados por la lucha contra la tempestad, la nieve y el frío.

*

Alrededor de la una de la tarde, la madre se asomaba a la ventana, cada vez más preocupada porque sus hijos no llegaban. Pero la tempestad no le permitía ver más allá de un palmo. El padre escondía su preocupación trabajando en el establo, silencioso. Pasada la una, le dijo al jornalero: “Ven, vamos a buscar a los chicos”. El empleado sacó el caballo del establo, el padre preparó dos linternas, amarraron el caballo al trineo y ¡en marcha!

Poco a poco amainó la tempestad. Incluso se aclaró un poco el cielo invernal. Los dos hombres se cubrían el rostro ante el frío cortante. “Señor, ayúdanos a encontrar a los muchachos”, murmuró el padre.

Fueron hasta el pequeño puente donde se desvía de la carretera el camino de la granja, si se puede llamar carretera a aquella vía más ancha. El empleado comentó: “No se ve rastro alguno”. El padre dijo: “La tempestad ha borrado toda huella”. Pasaron el puente. De repente, el padre detuvo el caballo: “Creo que han pasado por aquí”. Se veían unos rastros semiborrados pero en la dirección equivocada. El empleado concluyó: “No han visto el desvío del puente. Han equivocado al dirección”.

El padre apuró al caballo. Después de un largo rato vieron la roca. “A lo mejor se han refugiado allí”. Pararon y se abrieron camino en la nieve hacia el refugio. Vieron las mochilas, la chaqueta multicolor de Christofer. El padre llamó: ¡Pedro, Pablo, Christofer!” Algo se movió entre las hojas secas. Los mellizos sacaron la cabeza. “¡Papá!” gritaron y corrieron hacia su padre. El empleado tomó a Christofer del hombro y lo sacudió. Los pequeños llamaron: “Christofer, Christofer”. El padre se



acercó: “¡Christofer!”. El muchacho no se movía. Acercó su cara a la mejilla de Christofer.

Fría como el hielo. “Señor, ayúdanos”, suspiró el padre. Después lo levantaron un poquito. Frotaron sus manos, sus sienes, su pecho. El empelado dijo: “Está muerto”.

Cuando la madre se acercó una vez más a la ventana, observó la llegada del trineo. Sólo vio al esposo, al empleado y a los mellizos. También observó algo echado en el asiento de atrás. “¿Christofer? ¿Un accidente?” Después... la madre, abrazada a sus dos hijos, estaba ante el cadáver, en silencio. Nadie decía una palabra. Solo Pedro, con el llanto entrecortado dijo: “Se echó encima de nosotros para cubrirnos como si quisiera encerrarnos en el calor”.

En la granja se celebró la Navidad como siempre. El padre leyó el evangelio de la Nochebuena. Tocó villancicos con la cítara. Pero el canto no se oía muy firme. En el sitio de Christofer habían puesto una cruz y un ramo de pino. “Él está con nosotros”, dijo el padre en voz baja.

Cuatro días después de la Navidad, en la fiesta de los Santos Inocentes enterraron a Christofer. En contra de su costumbre, el párroco hizo una homilía muy especial en aquella Eucaristía. Varias veces se equivocó y dijo en lugar de “Cristo” “Christofer”. “Dio su vida por sus hermanos” “Los encerró en sus llagas”. La gente pensó que el párroco se había equivocado muy bien.

Cada año, al celebrar la Navidad, colocaban en la granja, en el sitio de Christofer, una vela encendida y un ramo de pino. Pedro y pablo pintaron en grande las palabras de Jesús: “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus hermanos”. Pablo solía decir: “Cuando adornamos el lugar de Christofer siempre me parece que está presente. Pedro hizo eco. “Yo pienso que es como en la Eucaristía. Cristo ha muerto por nosotros y está siempre presente”.

El padre dijo: “Con Christofer es como si estuviera presente. En la Eucaristía, Jesús está presente de verdad, vive por nosotros y cuida de nosotros. Allí se sacrifica por nosotros, sus hermanos”.



JESUS

Theodor Schnitzler

Bendición de la VELA de la PAZ

Un años más seguimos soñando, Señor, con la **PAZ**.

La violencia está presente por todas partes.
Las guerras no cesan.
Los muertos se cuentan por miles este año.

La **PAZ** sigue siendo nuestro anhelo, nuestro sueño.

Ya sólo vamos a pedirte una **PAZ** chiquita, cotidiana;
la paz de andar por casa.
Que al menos nosotros, **Señor de la Paz**, seamos capaces de
ser instrumentos de Paz.

Encendemos esta Vela, símbolo de **Paz**,
con el deseo de que algo de su luz y su calor
ilumine nuestras vidas, temple nuestro corazón.

Con ella, desde nuestra fe y esperanza,
te pedimos que bendigas e ilumines
aquellas zonas oscuras del corazón de las personas
que aún no conocen la serenidad que produce
vivir en paz contigo y con los demás.

Bendice nuestras familias, tareas y afanes de cada día.
Haznos más acogedores y hospitalarios.
Bendice nuestro campos, pueblos y ciudades
para que en ellos, como rocío de la mañana,
fructifique la **Paz y la Bondad**.

En esta Navidad, encendemos la **Vela de la Paz**,
para que Tu Luz, que es nuestra Luz,
unida a la de todos los hombres
y mujeres de buena voluntad,
vivamos y propaguemos tu mensaje
de que es posible vivir en **Paz**,
de que la fraternidad tiene que ser una realidad.

Que **Jesús, el Mensajero de la Paz**,
acompañe nuestro trabajo educativo lo largo del Nuevo Año
en el que deseamos seguir sembrando
la paz social, la acogida solidaria,
la justicia distributiva, la unidad fraternal. Amén.

